

Sra. Doña Concepción  
1871

827

01198

RAT 36827

861100



1080016210



NOVENA

EN HONOR DEL

SAGRADO CORAZON

DE JESUS,

PARA HONRAR SUS PRINCIPALES DOLORES.

ESCRITA POR

Gabino Chávez,

Presbítero de voto suyo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Teller

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

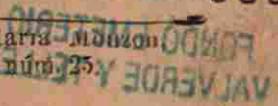


1970.

38827

Tip. de José María Muñoz

3ª de Lagos número 25.



BX 2158

C5

El Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis se sirvió aprobar el presente devocionario que lleva el título de novena en honor del Sagrado Corazon de Jesus; conceder su superior licencia para su impresion, añadió cuarenta dias de indulgencia por cada una de las oraciones contenidas en el; y por cada uno de los actos de piedad que se hagan en honra del Sagrado Corazon de Jesus, durante los dias de la práctica de esta novena.

Leon, Noviembre 28 de 1870.

Jesus M. Aguirre.  
Secretario.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



081198

Señor, abrirás mis labios:  
Y mi boca anunciará tu alabanza,  
Oh Dios entienda en mi ayuda:  
Apresúrate Señor á socorrerme  
Gloria etc.

SENTIMIENTO

## DE CONTRICION

Oh Jesus, Salvador mio, á quien amo con todo mi corazon, permitidme llegar á vuestras plantas para dolerme de mis ingraticudes: dejadme acoger á vuestro herido Costado, para unirme con vuestro Corazon, participar de sus sentimientos y dar virtud con su dolor al mio y extinguir en el la tibieza de mi arrepentimiento. Vos me habeis criado Señor, vos conservais mi vida y me habeis redimido con

BX 2158

C5

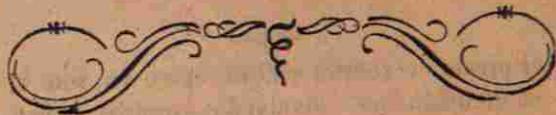
El Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis se sirvió aprobar el presente devocionario que lleva el título de novena en honor del Sagrado Corazon de Jesus; conceder su superior licencia para su impresion, añadió cuarenta dias de indulgencia por cada una de las oraciones contenidas en el; y por cada uno de los actos de piedad que se hagan en honra del Sagrado Corazon de Jesus, durante los dias de la práctica de esta novena.

Leon, Noviembre 28 de 1870.

Jesus M. Aguirre.  
Secretario.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



081198

Señor, abrirás mis labios:  
Y mi boca anunciará tu alabanza,  
Oh Dios entienda en mi ayuda:  
Apresúrate Señor á socorrerme  
Gloria etc.

SENTIMIENTO

## DE CONTRICION

Oh Jesus, Salvador mio, á quien amo con todo mi corazon, permitidme llegar á vuestras plantas para dolerme de mis ingraticudes: dejadme acoger á vuestro herido Costado, para unirme con vuestro Corazon, participar de sus sentimientos y dar virtud con su dolor al mio y extinguir en el la tibieza de mi arrepentimiento. Vos me habeis criado Señor, vos conservais mi vida y me habeis redimido con

el precio de vuestra sangre; pero yo solo vivo ofendiéndoos, olvidando vuestros beneficios y destrozando á cada paso vuestra divina ley. ¡Desgraciado de mí! ¿Cómo puedo Dios acordarme de mis culpas sin morir de dolor á vuestros pies? ¿Cómo no pienso en lavarlas con mis lágrimas, en borrarlas con mi arrepentimiento ni en repararlas con los rigores de la penitencia? Cuando solo la vista del pecado causó en vuestro generoso Corazon aquella congojosa agonía y aquella mortal tristeza que os hizo derramar vuestra sangre en tan extraño modo: ¿Como puedo quedar yo tan insensible? ¿Cómo no ocupó mi vida en llorar los funestos desórdenes que vos tanto llorásteis sin ser vuestros? ¿Por que vivo tan olvidado de mis pecados sabiendo que no basta el conocer la iniquidad para confesarla sino que es necesario como el Real Profeta tener siempre á la vista nuestro pecado? ¡Perdon Señor! ¡perdon amado Jesus mio!; ha ced que la contricion intensa que sentisteis en el huerto por todos los pecados mueva ahora mi corazon para sentir los míos, y de este modo purificado con el arrepentimiento, podré acercarme á considerar los tormentos inefables de vuestro corazon. Asi sea.

INVOCACION.

Corazon de Jesus, fuente de todas las gracias: Arca del Nuevo Testamento llena de ricos tesoros, dejadme acercar á vos y unirme con vuestros sentimientos: iluminad mi entendimiento é inflamad mi corazon con las llamas que os consumen, para disponerme dignamente á la consideracion de vuestras penas. Asi sea.

Rezad un credo y en seguida esta jaculatoria:

- V. Corazon de Jesus lleno de tristeza en huerto hasta la muerte.
- R. Ten misericordia de nosotros.

PRIMER DIA.

Aquí vengo oh divino Jesus mio á deciros que os digneis baer patente á mis ojos la abertura de vuestro costado y mostrarme en medio de ella ese Corazon que tanto me ama y á quien yo quiero amar tambien con toda mi alma: ese Corazon que tanto ha sufrido por mí y cuyos dolores quiero considerar para santificarme con su memoria.

Estaba ya para llegar la hora de vuestros enemigos y el poder de las tinieblas: habia llegado ya la noche en que ibais á ser entre-

gado por el discípulo traidor á los judíos y por estos á la muerte; y en esa misma noche en que se os prepara un cáliz tan amargo y en la que todos los poderes, los del mundo y los del infierno se han juntado en uno. contra el Señor y contra su Ungido: en esa noche de mortales angustias os disponeis á hacernos el favor mas señalado de vuestro amor y misericordia. Tomais el pan en vuestras manos, con los ojos alzados al cielo dais gracias, le bendecis y convirtiendo su sustancia en vuestro Cuerpo le distribuis á los Apóstoles recordándoles que ese cuerpo que tan amorosamente les dais en sustento, pronto será entregado por ellos y despedazado. Mas ¿que miro Jesus mio? Judas el discípulo infiel á quien habeis dado particulares muestras de confianza despreciando vuestras advertencias, y fingiendo no entender las muchas insinuaciones con que lo atraiais al arrepentimiento consuma su malicia recibiendo en su boca el bocado divino, cometiendo contra vuestro cuerpo adorable el primero y el mas horrible de los sacrilegios.

Pero ¿que, Señor! ¿será posible que la primera vez que os dais á los hombres obrando un Misterio tan grande y celebrando un banquete tan señalado no haya de faltar un impío que no adore, ántes desprecie y profane el

don celestial?

Mas así sucede en verdad, y Judas consuma en vuestra misma presencia el crimen mas monstruoso. Mas ¿qué sentis vos ¡oh Corazon sensible y nobilísimo! al ver la ingratitud y la perversidad de aquel infiel Apóstol? ¿Cual fué vuestra tristeza al ver representados en aquel primer abuso de la Eucaristia todos los sacrilegios, todos los ultrajes y todas las profanaciones con que el mundo habria de responder á vuestras finezas?

¡Ah Señor! nosotros hemos hecho perpetuo vuestro dolor con nuestra malicia y negligencia. Los hijos á quienes tanto amais y á quienes tan regaladamente alimentais, elevándolos á la dignidad de consanguíneos vuestros, estos hijos os olvidan, os desconocen y os desprecian; abandonan por años enteros vuestra mesa divina, os dejan solitario y abatido en vuestros templos ó los profanan con su desenvoltura é inmodestia. Y aun entre las personas que os aman y que con mas frecuencia os reciben ¡cuan grande es su tibieza, cuan ingrata su negligencia! Parece que la continuacion del beneficio, léjos de avivar su fé y encender su amor las enfada y causa hastio. ¿Donde, pues, encontrarás, ¡oh Corazon amante! almas que verdaderamente os amen y que con sus obsequios y adoraciones compensen

el olvido y el desprecio con que los hombres os tratan? ¡Oh Dios mió! Margarita Alacoque la hija predilecta de vuestro Corazon, no ha tenido muchos imitadores y las almas de las Gertrudis, de los Gonzagas y de las Teresas, son por desgracia mas raras cada dia. ¡Oh, si tuviera yo la dicha de pertenecer á este pequeño número! Mas al contrario, yo he sido cómplice de las irreverencias y de las ingratitudes con que el corazon humano paga vuestros favores; perdonadme: de hoy en adelante quiero amaros y reverenciaros: me duele con todo mi corazon de veros tan desconocido y ultrajado de los hombres y deseara que mis homenajes tuviesen un valor infinito para poder haceros una digna ofrenda y daros una reparacion suficiente.

Mas ya que son tan débiles mis afectos, dejadme convocar á todas las almas que os han amado y aun os aman en el mundo para ofrecer os sus sentimientos y la viveza de la fé con la gratitud de su amor. ¡Teresa de Jesus, sublime amadora suya! ¡Margarita, celosa propagadora del culto del divino Corazon!

Almas todas que ardeis en las llamas del amor santo, venid, venid todas y unámonos para adorar el Corazon angusto de Jesucristo: venid y digamos con la voz del corazon; Jesus, salvador nuestro: ¡bendito seais! bendita

sea la generosidad de vuestro Corazon que nos proporcionó un sacramento tan admirable; bendito el amor que le perpetúa para siempre en medio de nosotros, bendita la paciencia con que sufris á Judas y á sus muchos imitadores. ¡Corazon de Jesus, bendito seais! Y que esta palabra en que van vinculados mis mas intimos sentimientos vuele por todo el mundo y os suscite en todas partes amantes y adoradores. Tales son mis deseos, dignaos bendecirlos para que produzcan un tierno y sólido amor hacia Vos, que encuentre en la gloria su feliz consumacion. Así sea.

### ORACION FINAL,

PARA TODOS LOS DIAS.

Corazon de Jesus, objeto de las complacencias del Padre, erario de los tesoros de su bondad, foco sagrado á donde llegan y de donde salen al mismo tiempo todos los rayos de amor divino que inflaman al universo; yo vengo á Vos para participar de vuestra pureza é inflamarme al contacto de vuestros llamas: vengo á vos para compadecerme de vuestros dolores, del sacrilegio y la traicion de Judas, de la cobardía de los apóstoles y de las penas que os causó la malicia del pecado y la representacion de vuestros próximos tor-

mentos. Gracias os doy porque os dignais admitirme á la parte en vuestros sufrimientos. ¡Corazon santo! santificadme, llenad mi corazon de un grande amor hácia el vuestro; haced que os imite en la mansedumbre y en la humildad de que os habeis propuesto como modelo y permitid que inflamándome cada dia mas en vuestra devocion dé á conocer á todos vuestras preciosas virtudes y afectos. El amor yo siempre y el ser un feliz apóstol de tan divino corazon, son mis mas grandes deseos cuya realizacion espero de vuestra misericordia. Así sea.

### SEGUNDO DIA.

Adorable salvador de los hombres, que os dignásteis haceros un varon de dolores tomando un corazon exquisitamente sensible para poder sentir toda la malicia del pecado; decidme amable maestro: ¿cual fué el supremo de vuestros dolores en aquella hora funesta en que apartado de vuestros amigos y arrodillado sobre la tierra veiais aglomerarse sobre vos las penas? ¡Ah! Si el dolor crece con el amor y vuestro mayor amor era hácia el Padre con el cual érais una misma cosa, no pudo ser otro el mayor dolor de vuestro corazon que el considerar las ofensas con que el mundo le ultrajaba

Despues de los sucesos del Cenáculo y acompañado de los apóstoles fieles, os dirijis á un huerto solitario donde muchas veces al pié de los olivos derramábaís amargas lágrimas por las culpas de la tierra. «Triste está mi alma hasta la muerte», decis á vuestros discipulos; y estas palabras de inefable tristeza, les hacen presentir que alguna cosa grande y espantosa os amenaza. Al fin, acompañado á alguna distancia de tres Apóstoles, comenzais la oracion mas solemne, la mas necesaria y la mas triste que haya habido jamás, porque era el grande afecto de contriccion que habia de impetrar el perdón de todos los crímenes del mundo, y la aceptacion definitiva del sacrificio de la cruz que habia de merecerlo.

¡Corazon de Jesus! ¿cual fué vuestro dolor al veros cargado de todos los pecados y preparado á recibir todos sus tremendos castigos? Amais con un amor infinito á vuestro Padre, y al verle tan torpemente ofendido, olvidada su ley, ignorados sus beneficios y ultrajada su santidad con una espantosa corrupcion de costumbres, vuestro Corazon se anegaba en un mar de desolacion y de tristeza y se sentía llevado á tomar parte en favor de su Padre en contra del hombre transgresor. Por otra parte, siendo verdadero Hom-

bre, y por tanto, nuestro hermano, ós sentiaís también fuertemente inclinado á la clemencia y al perdón en nuestro favor. ¿Qué partido vá á tomar vuestro Corazon en este combate en que la justicia con todos sus rigores y la misericordia con todas sus bondades se disputan la victoria? Siendo tan generoso y tan compasivo y tan amante del hombre, no quiere consentir en nuestro castigo; pero siendo al mismo tiempo tan recto y tan amante de vuestro Padre, no puede dejar de empeñarse en la completa destruccion del pecado. En vos ¡oh Corazon! tuvo lugar ese combate en el que la bondad de los juicios de Dios y la misericordia, se encontraron, terminando por darse un ósculo la justicia y la paz. Vos fuisteis el altar santo donde se inició la alianza del cielo con la tierra por su contricion, y se consumó por la efusion de las últimas gotas de su sangre; Vos fuisteis la víctima divina, inocente, que se inmoló á la justicia del Padre por todos los pecados, y Vos quien hallásteis este medio admirable de aplacarle sin detrimento de la justicia, recibiendo el castigo en lugar del pecador.

Y, ¿cual ha sido el fruto de vuestros grandes dolores? El mundo vive cada dia mas olvidado de Dios; ignorante de sus leyes, cor-

rompido en horribles desórdenes: el infierno sigue tragando innumerables almas: la mayor parte de los hombres os desconoce, otros muchos os conocen y os desprecian, y solo un número muy pequeño os ama y os bendice. Dignaos, pues, aumentar este número: inflamad en los atdores de vuestro amor á tantas almas disipadas; pero no pervertidas todavía: haced que yo mismo os ame con todo mi corazon, que sienta en el alma las ofensas de vuestro Padre, y que esté pronto á ofrecermé como víctima por los pecados de los hombres. Así, participando de las penas de vuestro Corazon é inflamado en sus afectos aquí en la tierra, tomaré parte en sus glorias en el cielo. Amen.

### TERCER DIA.

Corazon dulcísimo de mi amable Salvador, no solo considerábais al pecado como ofensa de vuestro Padre en la triste noche del huerto, sino también como una ingratitud contra vos mismo, y esto parece que debiera haceros vacilar en cierto modo en la aceptación de los tormentos y la muerte. Veiais que la efusion de vuestra sangre, y la donacion de vuestra vida, mas que suficientes para salvar mil mundos, aun no bastaban para ablan-

dar el corazón del hombre é inflamarle en amor vuestro, el estado del mundo en esa noche de dolores, os representaba su perpetua perfidia. Los mayores y nobles del mundo, se ocupan no en daros á conocer á todos como debieran, sino en sobornar contra vos falsos testigos, en pagar la traicion mas infame, y en aprestar ministros que saliesen á aprenderos. El pueblo á quien habiais llamado de favores, multiplicando los prodigios para beneficiarle, pronto trocará sus recientes aclamaciones, en gritos de muerte; posponiendos al mas insigne criminal de sus pri- siones, y aplaudirá hasta el fin la ejecucion de vuestro suplicio. ¿En donde, pues, encontrareis, ¡oh Corazon adolorido! algun alivio á vuestras penas? Aun los Apóstoles mas favorecidos, á quienes elegisteis para que os acompañasen en el huerto, léjos de haceros hallar algun consuelo en vuestros dolores, no hacen mas que dormir ingratemente, abandonándoos solo, á la violencia de los sentimientos que os despedazaban.

¿No habrá pues, Señor, una alma siquiera, que os compadezca? ¿No encontrará ni un solo corazón que participe de vuestros dolores? El mundo todo se ha de componer siempre de obstinados que os rechazan, de ciegos que os desconocen, y de indiferentes y

tibios que duermen? Sí, Jesus mio, indiferencia y olvido; ingratitud y abandono, esta es la única correspondencia con que pagamos vuestro amor. Ahora como en el tiempo de vuestra pasion, los grandes se ocupan en sentenciaros á muerte pretendiendo la total destruccion de la Iglesia que es cuerpo vuestro; el pueblo con la licencia de sns costumbres, secunda tan perversos designios; y vuestros amigos entretanto duermen; ellos duermen el sueño perezoso de la tibieza y de la negligencia. Porque, ¿en donde se encuentran ahora aquellos ministros celosos y santos, aquellos fieles fervorosos, que miran al mundo como un destierro, que solo anhelan por vuestro amor, y cuya conversacion y trato está en los cielos? ¡Ah! Apenas hay quien sepa manejar el arma de la oracion como aquellos santos y santas que os arrancaban el azote de las manos, y trocaban en perdon vuestros enojos; aun la virtud mas escogida solo piensa en si misma, y casi nadie se compadece de vuestro corazón despedazado cruelmente por la malicia de los hombres. Pero Señor, yo sé que en un instante podeis trocar las piedras en hijos de Abraham, é inflamar los mas helados corazones; yo sé que para ello habeis dado á conocer en los últimos siglos la inefable ternura de vuestro Corazon,

haciendo como el postrer esfuerzo de vuestra bondad para la santificacion de las almas: pidoos pues, que os deis á conocer por todas partes; que reanimeis á las almas débiles y encendais á las tibias, y que hagais que con mi amor, mi fidelidad y mi gratitud, procure compensar de algun modo la frialdad y el olvido de los hombres para con vos, para que sintiendo vuestras penas, merezca participar algun dia de vuestras glorias. Amen.

CUARTO DIA.

¡Oh Corazon dulcísimo de Jesucristo! vos veis que el pecado es el sumo mal que rompe la ley del Señor, que cautiva bajo el yugo del demonio, que hace estéril vuestra sangre divina, que puebla las cavernas infernales, y pervierte espantosamente los mas grandes beneficios del cielo.

Veis que el pecado rompe los fines de la creacion, porque hechas todas las cosas para el hombre, y debiendo referirse á Dios por su mediacion, apartándose él por el pecado del Creador, rompe la cadena que unia con él todos los seres, pervierte el orden de la naturaleza, y trastorna su armonía. Veis al pecado abusar del beneficio de la conservacion, pues concurriendo Dios como primer motor á la

formacion de nuestras acciones, palabras y pensamientos, le obligamos por la culpa á tomar parte en nuestras abominaciones y á servir á nuestras mismas iniquidades. Mas sobre todo, veis al pecado de los cristianos conculcar vuestra sangre preciosa, hacer inútil el beneficio tan costoso de la redencion, y renovar el solo los tormentos de vuestra passion y de vuestra muerte. Vos veiais, Jesus mio, estos desórdenes inmensos del pecado y al mismo tiempo os sentiais cargado de todos, responsable por todos y próximo á sufrir su tremendo castigo: vuestros ojos no bastan para llorarlos, y fué preciso que los poros de vuestro cuerpo, dieran testimonio de la agudeza de vuestra pena, abriendo paso á vuestra sangre generosa, que descendió como una lluvia celestial á purificar á una tierra hasta entonces maldita. ¡Ah Señor y Dios mio! Dejad que me arrodille junto á vos para consolaros, para enjugar ese humor divino que baña vuestro semblante, y para ayudaros á llorar la malicia del pecado. Dejadme pedir que venga á nos vuestro reino, y que el reino de Satanás se destruya para siempre; que sea santificado en todas partes vuestro nombre, y que se cumpla en todo el mundo la voluntad benignísima que teneis de salvarnos á todos. Bien veis el estado actual de vues-

tra Iglesia, perseguida, blasfemada, maldecida, despojada de todo cuanto no sois vos, combatida por fuera por la impiedad y la heregia, y por dentro con la indiferencia y las culpas de sus hijos, recibiendo golpes terribles en su cabeza visible que lastiman y perjudican á todo el cuerpo: favorecedla; mandadle ministros celosos que la defiendan; mandadle oración y de virtud que sin cesar os la encomienden; corazones inflamados en vuestro amor que la alivien y consuelen. Tomad una santa venganza de vuestros enemigos, disparando contra ellos vuestras saetas agudas é hiriendo con ellas el corazón de los enemigos del rey eterno, para que cayendo los pueblos bajo vuestras plantas, os adoren, os conozcan y os amen. Haced finalmente que yo me llene de un santo celo por la salud de las almas, que ayude á alcanzarla con fervorosos ruegos, y que logre ver un gran número de corazones ocupados solo en vuestro amor puro y ardiente, para que, procurando vuestro honor y gloria durante la vida, gocemos de vuestra belleza soberana eternamente. Amen.

QUINTO DIA.

Corazon adorable de Jesucristo, dejadme preguntaros con respeto: ¿por qué clamais en

esa noche de tristeza, «Padre mio, si es posible, pase de mi ese cáliz»? Vos habiais venido para salvar al mundo del pecado, y desde el primer instante de vuestra vida aceptasteis esa penosa mision; hablabais de vuestra pasion á los discípulos como de una cosa que aguardábais con ansia: pues ¿qué significan esas palabras de vacilacion y desaliento?... ¡Oh Salvador mio! Era que siendo Dios, erais tambien Hombre verdadero, y como tal queriais sentir un horror natural á los dolores y á la muerte, para que aun esta pena no os faltase. Al presentarse ante vos la ceguedad de los Judios, la crueldad de los gentiles, la malignidad de los jueces, y la falsedad de los acusadores, la inhumana dureza de los verdugos. al representaros los satélites armados que habian de venir á aprehenderos, á vos mismo arrastrado con ignominia por las calles de Jerusalem, á vuestros discípulos fugitivos, al pueblo amotinado, á un criminal preferido á vos, y á un juez cobarde firmando vuestra muerte, vuestra santa humanidad temblaba de pavor y sobresalto, y repetiais vuestra humilde oracion: «Padre mio, si es posible pase de mi este cáliz.»

Pensábais en aquella deshecha tormenta que habia de descargar sobre vuestro sensible cuerpo: en las crueles bofetadas que os darian

los criados insolentes, en aquellos azotes que la barbarie habia de multiplicar sobre todo número, en aquellas punzantes espinas que habian de atormentar por largas horas vuestra cabeza, en la cruz que agravaría vuestros hombros lastimados, en los clavos que traspasarían vuestras manos y pies, y en aquella última lanzada que abriría una herida en vuestro costado, y traspasaría vuestro corazón aunque sin vida. Y al mirar tantos tormentos pagados con tantas ingratitudes, el sanguineo sudor se hacia mas copioso, vuestro dolor se aumentaba, y repetiais con voz angustiada vuestra ferviente oracion: «Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz,» pero confortandoos perfectamente con la divina voluntad añadiais: «Mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra.» ¡Oh Jesus mio! vuestra angustia habia sido suprema, y fué preciso que un ángel bajase á confortaros, y que un milagro del amor de vuestro corazón os conservase entretanto la vida.

¡Oh y cuanto habeis sufrido por nosotros! Mas apesar de ello, todavía no hacemos caso de vuestras penas, y olvidamos los dolores de que solo nosotros fuimos causa. Vos lo aceptais todo por salvarnos, y nosotros nada queremos hacer para alcanzarlo; vos apurais el cáliz del dolor hasta las heces para en-

dulzar la amargura de nuestras penas, y nosotros rehusamos padecer aun la contradicción mas pequeña, y no sabemos hacer la menor violencia á nuestras pasiones. Remediadnos ¡oh santo Corazon! hacednos pacientes y sufridos, dadnos á conocer el precio grande de las cruces, y haced que aprendamos de vuestra imágen, en la que quisisteis aparecer herido, cargado con la cruz y cercado de espinas, que es necesario padecer para llegar á amarnos, y que seremos felices, si por los pequeños trabajos de la vida presente, llegamos á la gloria que se revelará en nosotros algun dia. Amen.

#### SESTO DIA.

Levantándoos de vuestra oracion, decís á los Apóstoles que os acompañaban: «Levantaos, y vamos, porque se acerca el que me ha de entregar.» ¡Pero Señor! ¿quién puede entregaros á vos tan manso, tan inocente? ¿Será alguno de esos fariseos á quienes reprendiais públicamente, echándoles en cara su vergonzosa corrupcion? No, ellos se reservan el delito de vuestra muerte; pero como el padecer de parte de los amigos y favorecidos suele ser mas doloroso, habia de ser un amigo, un discípulo vuestro el que os en-

tregase vilmente en manos de vuestros enemigos. Judas, uno de los Apóstoles, ennoblecido en una vocacion tan especial, testigo de vuestros prodigios, asistente á vuestras enseñanzas, y hecho por un favor particular, tesoro del colegio apostólico, os entrega con la mas negra de las traiciones, y pactando con los Príncipes de los Sacerdotes, les promete ponerlos en sus manos mediante una vilísima suma de dinero. Y fué tal el dolor que os causó la desgracia de este Apóstol, que muchas veces hablasteis de ello en la cena, pretendiendo conmover á aquel rebelde corazón. Pero Judas no se arrepiente, ni vuelve atrás de sus inicuos proyectos, ántes sale poseído por el demonio, acelera sus pasos, y hablando con los Príncipes de los sacerdotes se dá prisa á cumplir lo prometido, poniéndose á la cabeza de los ministros que van á aprenderos, y llevándolos al huerto, donde sabía que acostumbrábais recogeros á orar durante la noche. Vos le mirais llegar en busca de vuestra persona, y entónces es, cuando levantándoos del lugar de vuestra oracion, y despertando á vuestros discípulos, les advertis la llegada del traidor, el cual por fin se acerca, os saluda, y os dá el ósculo convenido, principio de vuestra pasion y prelude de vuestra muerte. Mas ¿qué sentisteis vos al recibir ese

ósculo infame y maldito? Vuestras palabras claramente lo revelan, y cuando le decís: «Amigo, ¿á qué has venido?» vuestro amor estaba pronto á conservarle en vuestra estimacion y amistad, con tal que reconozca su error, y se arrepienta de su pecado. Mas viendo que permanece inmóvil en su maldad, añadís: Judas: ¿así entregas al Hijo del Hombre, con un ósculo? Y de éste modo le revelais su maldad, y mostrándole su propio corazón, le haceis ver que sois Dios á quien nada se le oculta, y le inclináis á la detestacion de su crimen, ahorrándole su confesion. Pero él al fin permanece obstinado, y consuma su horrible traicion delante de los hombres y de los ángeles....

¡Oh y cuanto sentisteis la pérdida de éste Apóstol! ¡cuanto dolor os causó aun en medio de vuestros tormentos, el espectáculo de su última desgracia! Mas ¡oh Corazon de Jesucristo! ¿cuántas veces no se repite en el mundo ésta escena dolorosa, sin que os mostremos la menor compacion? Os vendemos á cada paso por un deleite culpable, ó por un vilísimo interés, os ponemos en manos de vuestros enemigos siempre que os hacemos descender á un corazón manchado, os perdemos con señal de páz y de amistad, cuando con vil hipocrecia ostentamos las señales ex-

teriores de la piedad teniendo la iniquidad dentro del alma; y os entregámos de mil maneras en poder de vuestros verdugos. Y á pesar de esto no hay quien jima, no hay quien os compadezca ni os defienda, insensibles á los estragos del pecado, so'o sabemos alligarnos por los males temporales. Fortaleced, pues, nuestra fé; encended nuestro amor, hacednos sentir sumamente las ingratitudes y ultrajes con que los hombres corresponden vuestras finezas; llenadnos de un santo temor de ofenderos despues de haber sido vuestros discipulos y amigos; ponednos en el número de aquellas almas que de véras os aman, y que perderian mil veces la vida ántes que ofenderos, y haced que honremos á vuestro dulce Corazon juntamente con los ángeles en las eternas mansiones de la Bienaventuranza. Amen.

SETIMO DIA.

Al fin Judas os entrega, se desespera y se condena; pero ¡oh Corazon de Jesus! aun os quedan los otros apóstoles fieles; ellos que no se han manchado con ninguna traicion, os consolarán, os acompañarán en los amargos pasos de vuestra pasion, y haran con su presencia menos doloroso siquiera vuestro su-

plicio. Mas ¡que digo, Redentor mio! ¿acaso no debiais padecer solo, sin consuelo, y abandonado al morir hasta de vuestro Padre celestial? Así es en verdad, Señor, y por eso los Apóstoles, á pesar de sus promesas, cuando ven llegar la hora terrible predicha por vos, y os miran cargar de cadenas, en esos instantes, en que mas debieran manifestaros su gratitud y su ternura, por el contrario, llenos de susto y de terror, huyen cobardemente del teatro de vuestras penas, y corren á ocultarse cautelosamente de las pesquisas de vuestros enemigos.

¡Oh Corazon de Jesucristo! ¿Conque todos os han abandonado? ¿Conque aun los discipulos se alejan, y los amigos desfallecen? ¡Oh Señor! Aun os pagan los hombres de la misma manera: aquellos á quienes habeis honrado con una vocacion especial, arrebatándolos de los vanos cuidados de la tierra, comunicándoles vuestra luz en la oracion, vuestra palabra en las instrucciones de los santos ministros, y vuestro cuerpo en la frecuente comunión; estas mismas almas os olvidan, y sirviéndoos solo mientras duran los celestes consuelos, cuando es preciso acompañaros al Calvario, y seguiros con la cruz sobre los hombros, entónces os vuelven las espaldas, como los apóstoles en el huerto, tiemblan á la v sta

de vuestros enemigos, y huyen cobardemente á ocultarse en las habitaciones de la tibieza y del olvido. Ya no vemos aquellas almas fervorosas y fieles que os sirven con una santa abnegacion, y que caminan gozosas por vuestras huellas ensangrentadas, y la virtud en nuestros dias parece que no alcanza á gustar las delicias de vuestra cruz, y la dicha inefable de las penas.

Haced vos, ¡oh Corazon adorable! que las almas os acompañen y os consuelen; que vuelva á arder en los corazones el fuego santo que os consume; que los hijos que os sirven y os adoran, sacudan el funesto sueño de la tibieza, que mediten constantemente en vuestros inmensos dolores, para que, animados á sufrir por vos y con vos toda clase de trabajos, merezcan recibir la corona prometida, á los que combatieren legitimamente y hasta el fin. Amen.

OCTAVO DIA.

Corazon pacientísimo de Jesucristo, aun no bastaban tantas penas para darnos á conocer la inmensidad de vuestro amor, y todo lo que habiais sufrido os parecia poco por el grande deseo que teniais de padecer por nosotros. Mas contentaos; porque aun os queda mucho

que sufrir en esa noche de interiores tormentos. San Pedro, el apóstol escogido por vos para Cabeza de la Iglesia, y Príncipe de los Pastores; San Pedro que habia proclamado tan claramente vuestra divinidad, y á quien habiais hecho tan grandes promesas; el, que poco antes aseguraba que no se escandalizaria en vos, y que os acompañaria hasta la muerte, confiando vanamente en sí mismo, y creyendo mas que á vuestros anuncios, al amor que os profesa, entra en la casa donde los sacerdotes os juzgaban del modo mas inicuo, y mientras ellos buscan falsos testigos, y os acusan de blasfemia, el os niega cobardemente, perdiendo el ánimo á la pregunta de una simple muger, y poco despues, no solo reitera su negativa, sino que á la tercera vez agrava su pecado con juramentos é imprecaciones. Mas Pedro recuerda dentro de unos instantes vuestras predicciones, abandona el lugar de su caída, sale afuera, y comienza á llorar su pecado. Una miradá vuestra que recibe, hasta para enternecerle, para cambiarle y convertirle

¡Oh! y cuanto no debisteis vos sufrir en esa indigna conducta del Príncipe de los apóstoles! ¡Como no debisteis sentir esa serie de pecados que á las ofensas de vuestros enemigos habia venido á añadir la injuria de los

mismos amigos! De suerte que en esa noche de penas, estaba decretado que sufriéseis toda clase de dolores, y no fué el menor de ellos el que os causó la negacion de San Pedro, de aquel apóstol á quien entre todos habiais condecorado y distinguido. Y así como habia habido un Judas en cuya conducta se mirase la espantosa malicia del corazon del hombre, capaz de hacer ineficaces las gracias mas suficientes del cielo, cuando no queremos cooperar á la gracia, así tambien con venia que en otro pecador resplandeciesen vuestras misericordias, y la eficacia maravillosa del arrepentimiento. ¡Corazon de Jesucristo! ¡Cuan bueno sois! ¡Cuan misericordioso! sufris con divina resignacion la ingratitud de vuestro apóstol, pedis por él á vuestro Padre, y ya que no podeis, estando en prisiones, salirle al encuentro y rendirle con vuestras palabras, quereis convertirle con una dulce, tierna, compasiva y omnipotente mirada de vuestros ojos. Nosotros renovamos á cada paso el dolor que os causó la caida de San Pedro, cuando despues de haber sido iluminados, y de haber gustado los dones celestiales, cedemos á los mas pequeños encuentros, y por un ruin interes, por un humano respeto, ó por una fatal debilidad, os negamos delante de los hombres, y juntamos á nuestra negacion las culpas mas enormes:

todos los dias estais recibiendo semejantes tratamientos, adorable Salvador mio, y la caida del apóstol ha tenido muchos imitadores, sin tenerlos su penitencia; yo mismo he sido bastante desgraciado para abandonaros muchas veces, despues de haberos conocido, y para haberos negado ingratamente despues de los mas señalados favores. Dignaos, pues, darme una mirada de amor y de misericordia que me conmueva, que me arranque para siempre de las tristes vanidades de la tierra, y me haga llorar amargamente mis pecados; de esta manera, imitando al apóstol en su penitencia, podré alabar con él, en el cielo, la bondad y la ternura de vuestro amabilísimo Corazon. Amen.

#### ULTIMO DIA.

Corazon afligidísimo de mi Dios, aun hay otro dolor muy intenso que en esa noche os atormenta y despedace. Maria vuestra Madre, aquella Virgen tan pura é inocente, llamada por Dios á deshacer las obras de la muger primera, y á tomar parte en la reparacion del género humano, padece y sufre por vos horribilmente; vuestros tormentos la oprimen, vuestros dolores la despedazan, y vuestra mortal tristeza la pone á punto de desfa-

lleer. Unido en todo su santo corazón con el vuestro, no hacen los dos sino una sola víctima, que se inmola voluntariamente por los pecados del mundo. Así como María es el alma que mas supo conocer y amaros entre todas las criaturas, así tambien ella es la que mejor supo compadeceros, la que se unió mas intimamente con vuestros sentimientos, y cuyos dolores, despues de los vuestros, fueron los mas meritorios, y los ménos merecidos. Ella, pues, sufre uno á uno vuestros dolores, pero vos sufris tambien, ademas de los vuestros, los de tan santa madre, y experimentais una profunda compasion al ver padecer á aquella celestial criatura, aquellas penas enya intensidad solo vos pudisteis conocer. Vos que sois el mas sensible y amoroso de los corazones, quanto no amariais á la Virgen María, á aquella muger tan admirable y tan semejante á vos, á aquella que os habia dado el ser humano y que habia sido el glorioso conducto por donde se nos ministró vuestra divinidad, siendo vuestra verdadera madre. ¡Ah! que ella era en verdad la criatura predilecta de vuestro Corazon, y la amábais como ama á su madre el hijo mas tierno y agradecido. Pero si tal era el amor que le teniais á esta soberana Señora, ¿qual seria vuestro dolor al verla llena de tormen-

fos y dolores, desgarrado con vuestras penas, su corazón maternal, y sufriendo en su noble alma, todo cuanto vos sufriais en vuestro cuerpo adorable? ¡Ah Señor! que en verdad la contemplacion de las angustias de vuestra afligida Madre, vino á dar el colme á vuestros dolores, y acabar de despedazar á vuestro amante Corazon.

Oh Corazon de Jesus y de Maria!, que padecisteis tanto por mi amor! Haced que entre yo en vuestros mismos sentimientos, que me santifique con la meditacion de vuestros dolores, y que saque por fruto de las prácticas de estos dias, una nueva y eficaz detestacion de todos mis pecados, unos vivos deseos de dar á conocer á todo el mundo vuestras riquezas soberanas, un profundo dolor de ver al Señor tan ultrajado de los hombres, con un celo ardiente para proseguir la obra de la perfeccion en mi propio espíritu, de esta manera, si logro ser uno de vuestros fervorosos amadores sobre la tierra, alcanzaré por vuestra gracia la felicidad infinita de ser uno de vuestros adoradores en las clarísimas moradas de la gloria. Amen.



DOLORES  
DEL CORAZON ADORABLE  
DE JESUCRISTO.

Area de dones colmada  
Templo de amor y oracion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

Quando nos diste amoroso  
Tu cuerpo y sangre en comida,  
El apóstol homicida  
Comió el bocado precioso.  
Fué esta la primer lanzada  
Que sentiste en tu pasion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

Ves del Padre que te ha enviado,  
Ultrajado el santo nombre,  
Y en vez de Dios, por el hombre  
A Satanás adorado.

Esta agudísima espada  
Te hiere sin compasion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

Miras tu sangre perdida  
En muchas almas carnales  
Y por aliviar sus males  
En vano dada tu vida.

Su ingratitude estremada  
Te llena de turbacion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

La malicia del pecado  
Que solo tú conocias,  
Y cuyo peso sentias  
Sobre tus hombros cargado  
Hizo á tu sangre adorada  
Brotar con cruel opresion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

Presentábanse á tu mente  
Las penas que te aguardaban,  
Y todas se aglomeraban  
Para herirte juntamente,  
Tu alma fué despedazada  
Con tan vehemente aprension  
¡Oh divino Corazon  
Sé, tú, mi asilo y morada!

Júdas, discípulo aleve  
Te vende á la turba impia,  
Y él mismo quiere ser guia  
Que á ti en el huerto la lleve.  
Llega y con paz simulada  
Constuma su vil traicion:  
¡Oh divino Corazon  
Sé tú mi asilo y morada!

Los apóstoles medrosos  
A la hora fatal se alejan  
Y entre las manos os dejan  
De verdugos alevosos  
¡Cuanto esta infiel retirada

Acrecentó tu aflicción!

¡Oh divino Corazon

Sé tú mi asilo y morada!

De tu amor Pedro olvidado,  
Una y tres veces te niega,  
Y á lo mas vivo te llega  
Su ingratisimo pecado;

Mas con solo una mirada  
Operas su conversion

¡Oh divino Corazon

Sé tú mi asilo y morada.

Los dolores de Maria  
Acrecientan tus dolores,  
Pues son los tuyos mayores  
Al contemplar su agonía.

¡Aun tu madre inmaculada  
Ha de avivar tu aflicción!

¡Oh divino Corazon

Sé tú mi asilo y morada!

¡Llave del cielo sagrada  
Altar de propiciacion!

¡Oh divino Corazon

Sé tu mi asilo y morada!

### ORACION DE LA IGLESIA.

¡Oh Jesus, Señor nuestro, haz que nosotros nos revistamos de las virtudes de tu santísimo Corazon, y nos inflamemos con sus afectos, para que merezcamos conformarnos á la imágen de tu bondad, y ser participantes de tu redencion, tu que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

FIN.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

3